

ANTONIO GARCIA VERDUCH

Piquetes de ayer y de hoy

Los españoles hemos vivido una jornada de huelga general, y esto ha sido posible porque nuestra Constitución ampara el derecho de huelga. Los ciudadanos que quieren, hacen uso de ese derecho, y los que no quieren, son muy libres de no hacer uso de él.

De este modo, al evaluar el resultado de una huelga, los ciudadanos -según este juego de libertades- deberían quedar claramente separados en dos grandes grupos. En un grupo estarían los que libremente optaron por la huelga, y la hicieron, y en el otro, los que no optaron por la huelga, y no la hicieron.

Ninguno de ambos grupos debería influir sobre la libre determinación del otro. En el caso de que se produjese algún tipo de influencia o coacción, la significación de la huelga quedaría viciada, porque su resultado no reflejaría, de ningún modo, la libre voluntad de los ciudadanos. En ese caso, el resultado correspondería a una confusa mezcla de voluntades libres y de voluntades coaccionadas. Cuando esta situación se produce, la huelga -cualquiera que sea el resultado que se contabilice- constituye un clamoroso fracaso, porque falla en lo esencial, es decir, en expresar la libre voluntad de los ciudadanos.

Decíamos antes que ninguno de los dos grupos debe influir en la libre voluntad del otro. Es absolutamente cierto que los que hacen la huelga, la hacen por su libre voluntad, sin coacción alguna por parte de los que no desean hacerla. ¿Podría decirse lo mismo en el caso contrario?. Evidentemente, no.

La coacción de los huelguistas hacia los que no desean la huelga se hace, de modo muy especial, a través de los piquetes. Tradicionalmente, estos piquetes han cumplido dos funciones, una coactiva y otra informativa.

Analicemos brevemente ambas funciones. La función coactiva es rigurosamente inadmisibles en un régimen de libertades, y

la función informativa pudo ser necesaria hace muchas décadas, cuando los medios de comunicación eran muy rudimentarios. Entonces había que ir andando o con caballerías a los pueblos vecinos a propagar la buena nueva. Hoy, afortunadamente, la situación es bien distinta. Hoy se transmite la información, puntualmente, a toda la geografía nacional, a través de los poderosísimos medios públicos de comunicación. Y, si esto no fuese suficiente, aún pueden usarse los medios privados de comunicación, como el correo, el teléfono, el télex, el fax, etc.

La verdad es que los piquetes de huelga han perdido ya, total y definitivamente, sus dos funciones esenciales, una porque no es admisible, y la otra porque no es necesaria.

El diccionario de la Real Academia Española define el término "piquete" como: Grupo poco numeroso de soldados que se emplea en diferentes servicios extraordinarios".

El origen de esta palabra exhala cierto tufo a milicia, a consignas, a servicios especiales y a lucha.

Decididamente, los piquetes de huelga, vistos desde una sociedad moderna y civilizada, parecen fósiles del Parque Jurásico, porque su misión coactiva y su espíritu guerrero, no son ni necesarios, ni aceptables, y también, porque ya son remotos los tiempos en que las buenas nuevas habían de transmitirse de viva voz.

Por una y por otra razón, ha llegado el día en que los sindicatos han de pensar seriamente en prescindir de sus piquetes, ya que si no lo hacen, la sociedad habrá de pensar seriamente en prescindir de sus sindicatos. Los sindicatos han de aprender a prescindir de hábitos y de tics, pasados de moda, como la sociedad prescinde de tantas y tantas cosas, que la historia ha ido arrollando a su paso.

El paso del tiempo es cruel. Ha dejado también inservible, por viejo, el subterfugio de dulcificar la imagen de los piquetes con el apelativo de informativos.